

Desde la perspectiva histórica, Acto Latino se inserta en uno de los periodos del movimiento cultural y artístico más dinámicos del país en el siglo XX; y dentro de la historia del teatro, el libro está revelando una arista más del movimiento teatral contemporáneo. Porque, como se ha venido exponiendo, el teatro creado por González se ha movido en las márgenes, no ha pertenecido a ningún dominio cultural ni ha sido partícipe de las expresiones teatrales hegemónicas que se han dado en el país en los últimos treinta años.

MARINA LAMUS OBREGÓN

Cuentos impolutos, cortos pero no cojos, simples y definitivamente hermosos

Las tres pasas (y otras historias)

Esther Fleisacher

Editorial Universidad de Antioquia, Colección Celeste, Medellín, 1999, 59 págs.

En la contracarátula se reseñan poquísimos datos: que nació en Palmira (Valle), que desde 1965 reside en la ciudad de Medellín y que éste es su primer libro de cuentos; no hay fecha de nacimiento (¡¡que cortesía con las mujeres!!), ni se sabe a qué se dedica, ni cuánto hace. Entonces el libro es todo un misterio, y el lector se adentra a esta serie de breves cuentos completamente desprevenido, sin una sola clave que le indique el camino que va a recorrer, sin nada en los bolsillos que sirva como lastre.

¡Pero y qué cuentos! Limpios, narrados con sumo cuidado, sobre temas poco trascendentales, escritos de manera impecable, donde no sobra ni falta nada; una narración lineal sin pretensiones que desvíen el curso de la historia, sin adjetivos que

estorben; son cuentos impolutos, cortos pero no cojos, simples y definitivamente hermosos.

Reseñarlos uno a uno seguramente les quitarán la gracia; sin embargo, es menester hacerlo, a fin de darle al lector las cucharaditas necesarias para que se enfrente a esta lectura deliciosa. Sin caer en el pecado de analizarlos, simplemente se hará una síntesis de cada uno, con citas que inciten la curiosidad del lector.



El vestido verde

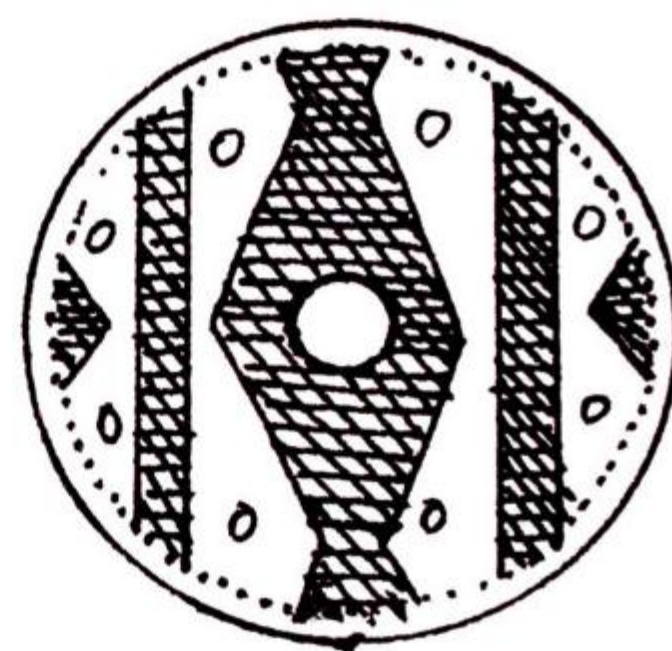
A una joven de doce años, judía, se le muere su abuelo, asunto que le importa bien poco, ante la trascendencia suprema de coquetearle al amigo de su hermano mayor y que éste se fije en ella.

Mi padre nos sentó a los tres hermanos en la sala del televisor para darnos la noticia de la muerte del abuelo. Me cogió fuera de base, es decir, mis pensamientos ahora se reducían a tratar de lucir lo más atractiva posible para que Simón P., el mejor amigo de mi hermano mayor, me mirara como una mujer y no como a la hermanita metiche de Isaac [...]

En el momento en que se iba a iniciar el rito fúnebre, busqué a mi padre. Aferrada a su brazo presencié la rasgadura de las vestiduras, "es la señal de dolor de los familiares del muerto", me susurró mi padre al ver mi gesto de extrañeza, a pesar de estar tan asustada no me pasó desapercibido el vestido verde de la tía Lea y sus palabras se me quedaron grabadas en la mente, cuando mi

madre le preguntó si estaba en una fiesta. "El luto y la tristeza por la muerte de mi hermano lo llevo en el corazón, no en el color de la ropa". Entre la familia circuló la versión de que lo había escogido porque estaba muy viejo, no estaba dispuesta a dejarse romper un vestido bueno [...]

Los cuadros y los portarretratos y los espejos tapados con sábanas y manteles me causaron una in-



quietud enorme [...], me dijeron que la vanidad y las imágenes debían evitarse por respeto al muerto [...] Eso de tener que estar triste era un lata...

Son todas historias del mundo judío, del universo de ceremonias y ritos complejos. Algunos narran la huida de los judíos a los países latinoamericanos durante la guerra, la llegada a esos parajes extraños —tan lejanos de la natal Polonia— donde no cae nieve y la primavera es eterna. Generalmente son historias llenas de tristeza y de dolor, pero se narran con tranquilidad, sin aspaviento ni afán de impresionar; se narran en voz baja y lentamente.

El loro se columpia

Un par de primos hermanos se casan a pesar de la oposición de la madre del muchacho, la cual insiste en que los hijos de uniones entre parientes cercanos siempre nacerán deformes. Años más tarde, después de mil tratamientos, nace la hija de la pareja, sana y hermosa; la suegra afirma que es un milagro y decide ir a conocerla:

A las tres semanas anunció la visita para conocer a su nieta. La pareja se mantuvo firme en no recibirla. Se convino que se hospedaría en mi casa, para aplacar a la familia [...]

Llevaba una semana y sus excen- tricidadades no iban más allá de mi- rar y mirar a Andrea y decir en- tre dientes "milagro, no entiendo quien metió la mano en esto". Rafael la acompañó a mi casa, se tomó un tinto y quedó de recoger- la a las 6:15 de la mañana, para estar puntuales en el aeropuerto. A la vuelta, de buen humor ante la perspectiva de la partida de su madre, decidió arreglar una vari- lla en el jardín para que el loro pudiera columpiarse. Sacó la es- calera de mano, Sara y Andrea lo miraban desde la sala de estar... En cosa de segundos, la escalera patinó y Rafael cayó aparatosamente. Se desnucó...

La madre se queda en la ciudad al lado de su muerto y la Sara huye lejos del dolor y de su suegra. El cuento concluye con una carta de Andrea, preocupada, a la narradora, pues:

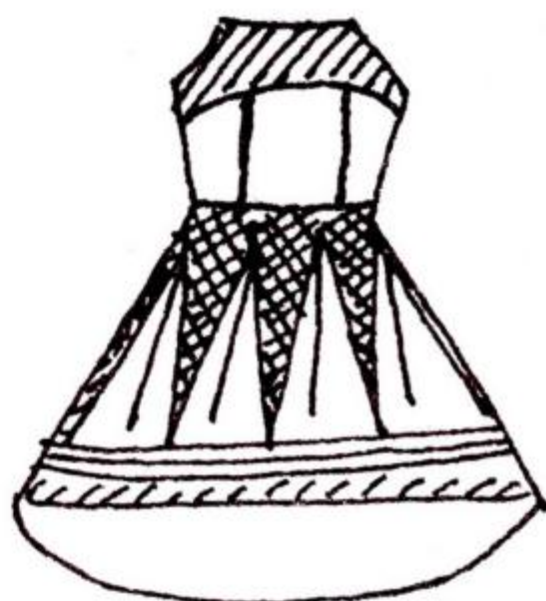
...En cuanto a ella, desde que em- pezamos los preparativos del viaje ha estado de mal genio y no com- prendo nada de las vueltas y miste- rio que le pone al asunto de la vari- lla que mi padre intentaba arreglar para el loro. Ya me lo contarás...

Los rituales y el quedarse al lado de los muertos, las ceremonias y el mundo estrecho y cerrado, son tema recurrente. En *Piedras y flores*, la familia se opone a un matrimonio mixto, se incomoda ante las pregun- tas de la mujer ignorante que pre- gunta el significado del gorro, del matzá, el porqué de las velas y del año nuevo en septiembre. La mu- jer renuncia a todo por su marido, como es costumbre le ponen otro nombre, se integra poco a poco a las ceremonias pero sigue siendo una extraña, el marido muere de repente y ella queda sola, rodeada de un mundo hostil y extrañando su religión. Cuando está al borde de

la muerte, envía por un sacerdote católico para que la confiese, y su hija, que vive en Israel desde el ba- chillerato, y no ha llegado al en- tierro de ninguno de los dos, sólo acierta a llevarle flores al cemente- rio, un homenaje simbólico que re- chazaba todo aquello que le habían negado en vida.

Hace más de un año enterramos a Nani, fue impactante para todos. Como ya no quedaban esperan- zas, después de un mes de dolo- rosa agonía, nos pidió que llamá- ramos a un sacerdote, quería confesarse. El cura nos comuni- có su deseo de ser enterrada en un cementerio católico...

Las historias no son nada especial, y el misterio radica en narrar la minu- cia y el acto cotidiano de esa mane- ra, con una claridad y una brillantez poco comunes.



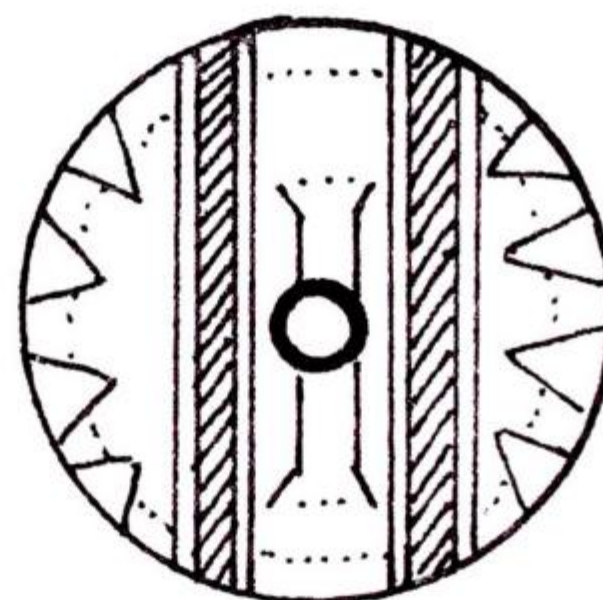
Un peso en el corazón es la histo- ria de un niño a quien dejan los pa- dres con sus abuelos cuando era muy pequeño, y parten hacia "la Améri- ca" buscando hacer fortuna:

Con una decisión que nunca le había conocido, vendió todo y partimos hacia Medellín, de don- de había llegado la última carta. La despedida del abuelo fue desgarradora. Le prometió que volvería, que no era su voluntad irse, pero no podía morir sin bus- car a Jacobo mi padre... También le dijo que doña Flor, la vecina del almacén, lo visitaría y man- tendría limpio el mármol blanco de la lápida...

La abuela y el niño van tratando de seguirles los pasos a sus progenitores pero, cuando llegan a Cali, la abuela muere y al niño se le envía a casa de otra familia, de donde parte hacia la casa de otra, que casualmente era la que había adoptado finalmente a su herma- na pequeña, tras la trágica muerte de sus padres en un accidente automovi- lístico. Así alcanza uno de los finales más desgarradores y mejor logrados:

Rápidamente me sequé los ojos y le dije mi nombre completo, Ma- tías Dorembaum. Doña Hilda armó un alboroto enorme, llama- ba a Susy a los gritos, me estrecha- ba contra su pecho, me besaba en la frente y repetía, ¿por qué tardas- te tanto? ¿por qué?

Cuando una niña alta y rolliza apareció en el quicio de la puer- ta, mi sensación fue de irrealidad. En la foto se veía diminuta en los brazos de mi madre.



En *Todos lloramos lágrimas saladas*, aparece un vestigio apenas esbozado de humor, ante esa tristeza latente. Sa- muelito, un niño, apuesta con su com- pañero a que las lágrimas que lloran los judíos son lágrimas amargas, pues algo han oído de los campos de concentra- ción y de la guerra, de la miseria y del hambre, del holocausto cometido por los nazis, y en un poema se insiste en que las lágrimas son amargas. Samuelito decide entonces no des- pegarse de su abuela, quien llora en el homenaje al abuelo muerto, para probarlas y llevarse la sorpresa de que, como las de todos, las lágrimas son saladas.

En *Tierra en los zapatos* se cuen- ta la particular aventura de Clemen-

A las tres semanas anunció la visita para conocer a su nieta. La pareja se mantuvo firme en no recibirla. Se convino que se hospedaría en mi casa, para aplacar a la familia [...]

Llevaba una semana y sus excen- tricidadades no iban más allá de mi- rar y mirar a Andrea y decir en- tre dientes "milagro, no entiendo quien metió la mano en esto". Rafael la acompañó a mi casa, se tomó un tinto y quedó de recoger- la a las 6:15 de la mañana, para estar puntuales en el aeropuerto. A la vuelta, de buen humor ante la perspectiva de la partida de su madre, decidió arreglar una vari- lla en el jardín para que el loro pudiera columpiarse. Sacó la es- calera de mano, Sara y Andrea lo miraban desde la sala de estar... En cosa de segundos, la escalera patinó y Rafael cayó aparatosamente. Se desnucó...

La madre se queda en la ciudad al lado de su muerto y la Sara huye lejos del dolor y de su suegra. El cuento concluye con una carta de Andrea, preocupada, a la narradora, pues:

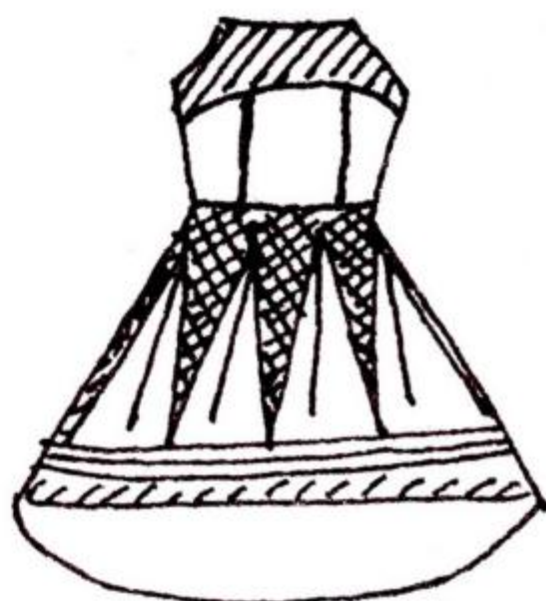
...En cuanto a ella, desde que em- pezamos los preparativos del viaje ha estado de mal genio y no com- prendo nada de las vueltas y miste- rio que le pone al asunto de la vari- lla que mi padre intentaba arreglar para el loro. Ya me lo contarás...

Los rituales y el quedarse al lado de los muertos, las ceremonias y el mundo estrecho y cerrado, son tema recurrente. En *Piedras y flores*, la familia se opone a un matrimonio mixto, se incomoda ante las pregun- tas de la mujer ignorante que pre- gunta el significado del gorro, del matzá, el porqué de las velas y del año nuevo en septiembre. La mu- jer renuncia a todo por su marido, como es costumbre le ponen otro nombre, se integra poco a poco a las ceremonias pero sigue siendo una extraña, el marido muere de repente y ella queda sola, rodeada de un mundo hostil y extrañando su religión. Cuando está al borde de

la muerte, envía por un sacerdote católico para que la confiese, y su hija, que vive en Israel desde el ba- chillerato, y no ha llegado al en- tierro de ninguno de los dos, sólo acierta a llevarle flores al cemente- rio, un homenaje simbólico que re- chazaba todo aquello que le habían negado en vida.

Hace más de un año enterramos a Nani, fue impactante para todos. Como ya no quedaban esperan- zas, después de un mes de dolo- rosa agonía, nos pidió que llamá- ramos a un sacerdote, quería confesarse. El cura nos comuni- có su deseo de ser enterrada en un cementerio católico...

Las historias no son nada especial, y el misterio radica en narrar la minu- cia y el acto cotidiano de esa mane- ra, con una claridad y una brillantez poco comunes.



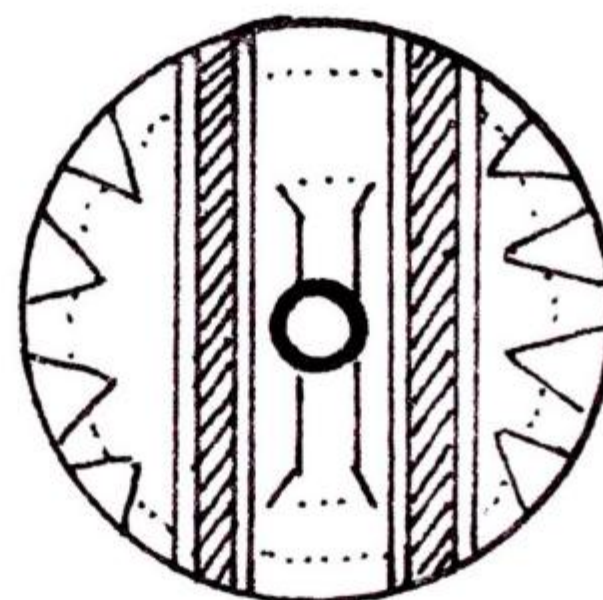
Un peso en el corazón es la histo- ria de un niño a quien dejan los pa- dres con sus abuelos cuando era muy pequeño, y parten hacia "la Améri- ca" buscando hacer fortuna:

Con una decisión que nunca le había conocido, vendió todo y partimos hacia Medellín, de don- de había llegado la última carta. La despedida del abuelo fue desgarradora. Le prometió que volvería, que no era su voluntad irse, pero no podía morir sin bus- car a Jacobo mi padre... También le dijo que doña Flor, la vecina del almacén, lo visitaría y man- tendría limpio el mármol blanco de la lápida...

La abuela y el niño van tratando de seguirles los pasos a sus progenitores pero, cuando llegan a Cali, la abuela muere y al niño se le envía a casa de otra familia, de donde parte hacia la casa de otra, que casualmente era la que había adoptado finalmente a su herma- na pequeña, tras la trágica muerte de sus padres en un accidente automovi- lístico. Así alcanza uno de los finales más desgarradores y mejor logrados:

Rápidamente me sequé los ojos y le dije mi nombre completo, Ma- tías Dorembaum. Doña Hilda armó un alboroto enorme, llama- ba a Susy a los gritos, me estrecha- ba contra su pecho, me besaba en la frente y repetía, ¿por qué tardas- te tanto? ¿por qué?

Cuando una niña alta y rolliza apareció en el quicio de la puer- ta, mi sensación fue de irrealdad. En la foto se veía diminuta en los brazos de mi madre.



En *Todos lloramos lágrimas saladas*, aparece un vestigio apenas esbozado de humor, ante esa tristeza latente. Sa- muelito, un niño, apuesta con su com- pañero a que las lágrimas que lloran los judíos son lágrimas amargas, pues algo han oído de los campos de concentra- ción y de la guerra, de la miseria y del hambre, del holocausto cometido por los nazis, y en un poema se insiste en que las lágrimas son amargas. Samuelito decide entonces no des- pegarse de su abuela, quien llora en el homenaje al abuelo muerto, para probarlas y llevarse la sorpresa de que, como las de todos, las lágrimas son saladas.

En *Tierra en los zapatos* se cuen- ta la particular aventura de Clemen-

te, quien tiene que abandonar la casa de su hermano muerto de repente y, haciéndolo, quebraría las estrictas normas que acompañan este tipo de ceremonias:

Era Chela a recordarle que era su hora de salida. A Clemente se le había olvidado el mundo, desde el momento en que lo habían llamado para contarle la noticia y salió de la casa pensando que era una equivocación... ¿Cómo abandonar la shivá y no cumplir la Ley? ¿Dios no lo tomaría como acto de rebeldía?...

A la mañana siguiente, durante el rezo, adelantándose a la interpretación del señor Kurtzel, le hizo saber que ni por un momento había dejado de pisar la casa del hermano muerto. Había dormido sentado, con los zapatos puestos.

En el *Matrimonio de la abuela* se suceden las aventuras de una anciana mujer que viaja a Buenos Aires con su marido enfermo de muerte y escoge el lugar donde enterrarlo. Cuando muere éste, al cabo del tiempo, se deja llevar por la curiosidad y, en vista de que todavía siente que a ella aún le queda vida y que le hace falta tiempo para morir, sale de paseo y descubre por azar a su primer amor, moribundo también, presa del cáncer.

"Fui a despedirme de Marcos. Le dije que el mundo de los vivos era impredecible y que no quería ocuparme más de mi muerte. Cuando llegue mi hora, los vivos harán lo suyo, enterrarme como mejor les parezca", concluye el personaje, Golda Strimberg, tras huir de la tristeza como de un sueño.

En las *Tres pasas*, cuento que le da el nombre a la serie, es de nuevo el sentir por los muertos y la necesidad de quedarse al lado de ellos y cuidar su tumba el tema recurrente. Es la historia de una triste mujer a quien los niños oyen hablar de la desgracia de su hijo muerto en un lejano país de América Latina, a duras penas localizable en el mapa. La mujer insis-

te en traerlo al cementerio local, y ya pocos le oyen la historia tantas veces repetida; sólo los padres de la narradora, que ofrecen una *mitzvá*, la buena acción a los ojos de Dios para aliviar su locura, y la mujer los ofrenda con un pan horneado por ella:

Nuestro juego era estar atentos y ver a quién le salían las pasas, ya que nunca eran más de tres...

Siempre hablaba de lo mismo. Yo sentía una mezcla de simpatía, compasión y burla...

Don Alfonso, algo así como un empleado menor de la embajada, simpatizó con doña Antonella y su causa a través de un primo que vivía cerca del puerto, logró establecer las conexiones necesarias y un día Néstor tuvo lápida en nuestro cementerio. Todos sentimos una especie de paz y alegría [...]

Continué el recorrido por el cementerio con cierto aire risueño, recordando las muecas que a través de la mesa nos hacíamos, entre mis hermanos y yo, cuando alguno era poseedor de una de las tres pasas.



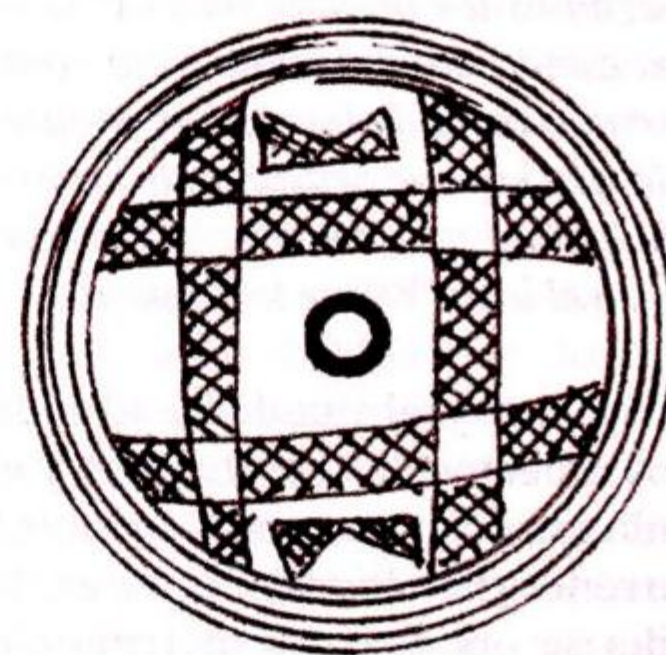
Finalmente *Té con rosas* cierra la serie. Un hombre debe viajar en pos de la fortuna y se ve obligado a abandonar a su familia; durante siete largos años, apenas se reciben cartas y en todas ellas dice que intenta ahorrar para ir por la joven mujer y su pequeño hijo, quien ya no lo reconoce. La mujer prepara para los días de invierno un dulce de rosas especial para perfumar el té y lo hace como ninguna. Su madre blasfema

y cree poco en las promesas del hombre, quien un día logra regresar por su familia y contarle que se ha establecido en un país que se llama Colombia, donde hay rosas durante todo el año.

Mi madre cuando lo vio llegar con tantos años de trabajo encima y fiel a su familia, tuvo las primeras palabras amables para con él. Le agradeció todo su esfuerzo y le concedió el derecho para llevarme a donde quisiera, pues sabía que él respondería [...]

Moris vio la enorme fila de frascos con dulce de rosas bordeando la pared, pero guardó silencio. Sólo pocos días antes de la partida, con esa nueva mirada traída de América me dijo: "Es imposible, el dulce de rosas se queda aquí". Fue cuando le conté el pedido de mi madre...

Moris, al ver mi tristeza, me repetía cada vez que tenía que levantarme el ánimo, "te voy a llevar a un lugar donde todo el año hay rosas rojas". Se le olvidó decirme que aquí hace calor todo el año y la nieve aparece sólo en las fotos.



Finales sobrios y certeros, como todas las narraciones, temas hondos y definidos tratados de la manera más natural posible, historias vividas por sus abuelos tal vez, por sus tías, o sus padres, sencillas y a la vez terriblemente complejas narraciones del universo judío, todos los cuentos escritos con maestría, todos parejos, definidos por la misma austeridad de sus personajes, marcados por la tristeza de las normas estrictas y el ab-

te, quien tiene que abandonar la casa de su hermano muerto de repente y, haciéndolo, quebraría las estrictas normas que acompañan este tipo de ceremonias:

Era Chela a recordarle que era su hora de salida. A Clemente se le había olvidado el mundo, desde el momento en que lo habían llamado para contarle la noticia y salió de la casa pensando que era una equivocación... ¿Cómo abandonar la shivá y no cumplir la Ley? ¿Dios no lo tomaría como acto de rebeldía?...

A la mañana siguiente, durante el rezo, adelantándose a la interpretación del señor Kurtzel, le hizo saber que ni por un momento había dejado de pisar la casa del hermano muerto. Había dormido sentado, con los zapatos puestos.

En el *Matrimonio de la abuela* se suceden las aventuras de una anciana mujer que viaja a Buenos Aires con su marido enfermo de muerte y escoge el lugar donde enterrarlo. Cuando muere éste, al cabo del tiempo, se deja llevar por la curiosidad y, en vista de que todavía siente que a ella aún le queda vida y que le hace falta tiempo para morir, sale de paseo y descubre por azar a su primer amor, moribundo también, presa del cáncer.

"Fui a despedirme de Marcos. Le dije que el mundo de los vivos era impredecible y que no quería ocuparme más de mi muerte. Cuando llegue mi hora, los vivos harán lo suyo, enterrarme como mejor les parezca", concluye el personaje, Golda Strimberg, tras huir de la tristeza como de un sueño.

En las *Tres pasas*, cuento que le da el nombre a la serie, es de nuevo el sentir por los muertos y la necesidad de quedarse al lado de ellos y cuidar su tumba el tema recurrente. Es la historia de una triste mujer a quien los niños oyen hablar de la desgracia de su hijo muerto en un lejano país de América Latina, a duras penas localizable en el mapa. La mujer insis-

te en traerlo al cementerio local, y ya pocos le oyen la historia tantas veces repetida; sólo los padres de la narradora, que ofrecen una *mitzvá*, la buena acción a los ojos de Dios para aliviar su locura, y la mujer los ofrenda con un pan horneado por ella:

Nuestro juego era estar atentos y ver a quién le salían las pasas, ya que nunca eran más de tres...

Siempre hablaba de lo mismo. Yo sentía una mezcla de simpatía, compasión y burla...

Don Alfonso, algo así como un empleado menor de la embajada, simpatizó con doña Antonella y su causa a través de un primo que vivía cerca del puerto, logró establecer las conexiones necesarias y un día Néstor tuvo lápida en nuestro cementerio. Todos sentimos una especie de paz y alegría [...]

Continué el recorrido por el cementerio con cierto aire risueño, recordando las muecas que a través de la mesa nos hacíamos, entre mis hermanos y yo, cuando alguno era poseedor de una de las tres pasas.



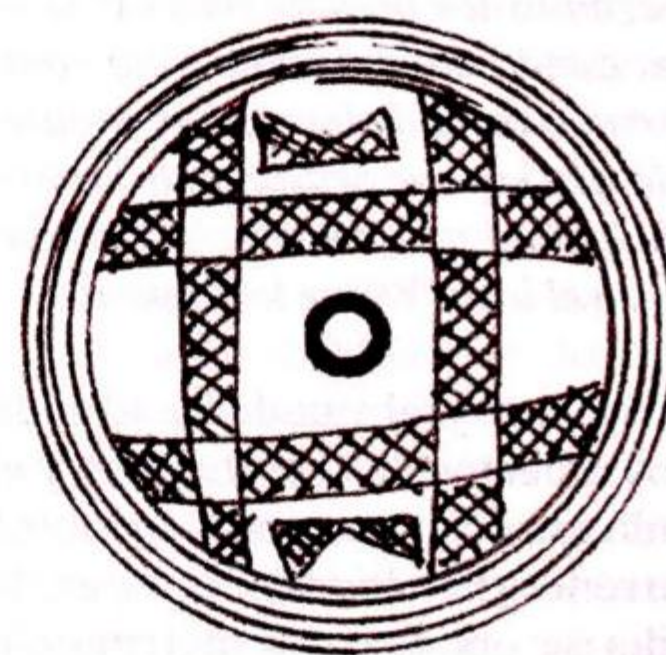
Finalmente *Té con rosas* cierra la serie. Un hombre debe viajar en pos de la fortuna y se ve obligado a abandonar a su familia; durante siete largos años, apenas se reciben cartas y en todas ellas dice que intenta ahorrar para ir por la joven mujer y su pequeño hijo, quien ya no lo reconoce. La mujer prepara para los días de invierno un dulce de rosas especial para perfumar el té y lo hace como ninguna. Su madre blasfema

y cree poco en las promesas del hombre, quien un día logra regresar por su familia y contarle que se ha establecido en un país que se llama Colombia, donde hay rosas durante todo el año.

Mi madre cuando lo vio llegar con tantos años de trabajo encima y fiel a su familia, tuvo las primeras palabras amables para con él. Le agradeció todo su esfuerzo y le concedió el derecho para llevarme a donde quisiera, pues sabía que él respondería [...]

Moris vio la enorme fila de frascos con dulce de rosas bordeando la pared, pero guardó silencio. Sólo pocos días antes de la partida, con esa nueva mirada traída de América me dijo: "Es imposible, el dulce de rosas se queda aquí". Fue cuando le conté el pedido de mi madre...

Moris, al ver mi tristeza, me repetía cada vez que tenía que levantarme el ánimo, "te voy a llevar a un lugar donde todo el año hay rosas rojas". Se le olvidó decirme que aquí hace calor todo el año y la nieve aparece sólo en las fotos.



Finales sobrios y certeros, como todas las narraciones, temas hondos y definidos tratados de la manera más natural posible, historias vividas por sus abuelos tal vez, por sus tías, o sus padres, sencillas y a la vez terriblemente complejas narraciones del universo judío, todos los cuentos escritos con maestría, todos parejos, definidos por la misma austeridad de sus personajes, marcados por la tristeza de las normas estrictas y el ab-

surdo de algunas ceremonias, de las cuales nada se dice y simplemente se acatan sin rechistar.

Nueve breves cuentos, repletos de sabor y sencillamente exquisitos en su sobriedad.

JIMENA MONTAÑA
CUÉLLAR

Prosa rescatada

El señor doctor

Alfonso Castro

Editorial Universidad Pontificia

Bolivariana, Medellín, 1999, 349 págs.

Alfonso Castro nació en Medellín en 1878; todavía adolescente, se alistó en las filas liberales y participó activamente en la guerra de los Mil Días. Finalizado el conflicto intestino, entró a estudiar medicina a la Universidad de Antioquia, de donde fue expulsado por protestar por los injustos castigos a los que se sometía a los alumnos. Pocos meses más tarde, el nuevo rector elegido, doctor Eduardo Zuleta Ángel, cambió radicalmente el esquema medieval, cerró las mazmorras, prohibió las torturas, modernizó el pñsum y llamó a Castro, consciente de la injusticia que se había cometido. Castro logró, pues, finalizar su carrera en 1903.

Como médico y miembro del partido liberal, el autor de *El señor doctor* comenzó su carrera de letras muy joven y sus primeras obras, al parecer, causaban escozor en la cerrada sociedad antioqueña de entonces, a la que juzgaba duramente. Se habla, incluso, de una polémica que sostuvo con Tomás Carrasquilla, a raíz de la primera novela, en la que narraba la influencia que ejercía sobre sus alumnas la Madre directora de un colegio para señoritas de clase alta. En el círculo estrecho, se detectó rápidamente el estilo de Carrasquilla, a pesar de que éste había intentado encubrir su identidad. A los pocos días ésta se hizo franca, Castro ex-

puso sus argumentos, Carrasquilla los propios y a los pocos días habían entablado amistad, zanjando cualquier resquicio.

El señor doctor, obra ya de su periodo de madurez, es también una crítica aguda y certera, a través de la vida de un joven de condición humilde que tiene la posibilidad, gracias al esfuerzo de su padre, de estudiar en un colegio para niños con dinero. No es la historia de un noble niño pobre que alcanza la meta tantas veces anhelada por sus humildes padres, quienes a duras penas saben leer y escasamente escribir. Hijo de un maestro y una campesina, el protagonista es desde pequeño una "mala ficha". Sucio, desarrapado, inconsciente, seguramente medio bruto, entra a regañadientes al colegio y poco a poco se da cuenta de que, si no tiene, como los demás, clase, dinero y distinción, los va a conseguir, cueste lo que cueste. El bachillerato lo pasó "agachado", perfilando su carácter viperino, solapado, haciendo creer a los profesores que el gesto de atención y nobleza era un sentimiento real. Sus compañeros, en los primeros días, lo rechazaron al ver su pobre estado y se burlaban porque no tenía zapatos ni ropa decente. Ese dolor se enconó, se hizo hondo y generó una sed de venganza que no se saciará hasta el final de la novela.



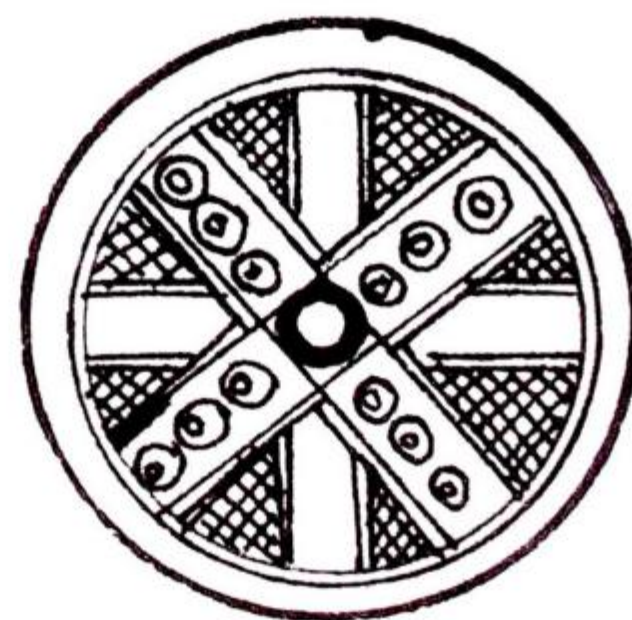
Julio Ríos es el chico en cuestión, cuya personalidad, afianzada por el resentimiento, se va refinando con los años; aprende tácticas, acusa y traiciona, lambonea, escucha tras las puertas, tiende celadas, odia cada día con más fuerza y, en el ejer-

cicio de la medicina, lejos de interesarse por el género humano o por el aspecto científico, pretende ganar dinero, ser y frecuentar a todos aquellos que de pequeño vio limpios y sin pasar trabajos. Obviamente, su familia se convierte en un estorbo, en ese espejo del pasado que afea, rechaza a sus padres y a sus hermanas, los odia con más fuerza que a los poderosos y reniega de su condición de zarrapastroso.

De repente, una y otra mosca empezaron a zumbarle sobre los pies, tratando de asentarse sobre el dedo grande izquierdo que, aún no del todo sano, conservaba rastros de parásitos, sudoso, renegrido, con la uña vuelta una curruja de puro enferma, y en su cerebro martilleó la palabra de baldón, símbolo de todas sus desventuras, síntesis fiel de su pobreza y de su origen: Castero. Y apretando los puños y los dientes, con los ojos brillantados de llanto y el pecho convulsionado de rabia e impotencia, murmuró:

—¡Qué vaina ser uno así!

Ríos es un personaje de aquellos que se ven con frecuencia, que manejan umbrales de odio inconmensurables, de aquellos que se convierten en los poderosos con dinero y tratan a las patadas a quienes les recuerdan su



origen, mientras se deslumbran con los respetables, siendo zalameros, empalagosos e imitando sus maneras de forma burda. Castro hace una muy interesante descripción del entorno y de la evolución del encono del personaje, contraponiéndolo a